

El mundo del libro

Escribe: AGUSTÍN RODRÍGUEZ GARAVITO

CAMBIO CAMBIO CAMBIO.

BELISARIO BETANCUR — Ediciones TERCER MUNDO — BOGOTÁ
COLOMBIA — 1982.

Son numerosos y variados los temas, circunscritos a los problemas colombianos, que nos propone como meditación y análisis, el hoy presidente de la República, doctor Belisario Betancur Cuartas. El escritor se despoja de todo retoricismo, para situarse en una realidad que es amarga y ha conducido a la frustración nacional en casi todos los frentes del trabajo y de la esperanza colectiva. Según el presidente Betancur, el país, no ha estado a la altura de su misión histórica. Ha faltado esa solidaridad, ese anhelo común por compartir los ideales que no son egoísmo, personalismo, simple bienestar individual con olvido de la miseria y del dolor de las inmensas masas marginadas, sedientas de justicia.

El escritor se pronuncia contra el continuismo del desastre que no le ha permitido a la Nación tomar nuevos rumbos, salir de este estado casi de indigencia por malos manejos, por la deshonestidad y la falta de horizontes que sean verdaderos y no espejismos. Clama por una educación popular auténtica, no por esas vagas nociones que, maestros sin cultura, sin métodos pedagógicos serios y sin vocación educativa, inculcan a los educandos. Es preciso hacer una gran cruzada para salir de un mundo en el cual las clases menos favorecidas no encuentran rumbos, metas, y solo se filtra el agua ya alterada de unos filtros que carecen de calidad para darle al escolar conocimientos reales, palancas que le sirvan en la vida y una hermosa noción de Patria.

Todos los temas que trata el autor no se crea que conducen al pesimismo. Porque Belisario Betancur cree en Colombia con fe de catecúmeno. Para él, tenemos reservas intelectuales, humanas, morales, para salir de el estado cataléptico en que nos encontramos. Y halla, en el gobierno mucha figuración, demasiado despliegue de lo que debe ser el cumplimiento de su deber. Se requiere regresar a la olvidada senda de la humildad, de la asepsia, de que la labor social, educativa, de salud, de techo, de construir puentes, viaductos, carreteras, que no se convierta en un espectáculo de alto circo, sino que sea la obligación elemental de los mandatarios de cumplir con el mandato que están en la obligación de cumplir con el pueblo que los hizo sus representantes no para la representación de obras de teatro, sino para servir con paciencia y docencia. En verdad, este libro es un Evangelio, un balance de los acuciosos problemas colombianos. Es preciso leerlo ahora, en este momento, en que el presidente Betancur, su autor, comienza el duro camino de realizar sus hermosas esperanzas.

MEMORIA DE JESUS ESTRADA MONSALVE.

Nadie recordará a Jesús Estrada Monsalve como Ministro de Estado o como Consejero de Estado. En cambio, quienes aún sobrevivimos en este valle de desolación, memoramos al primer fiscal que ha tenido la justicia colombiana, y, al poeta de tonos melancólicos, graves, de una riqueza comparable a los sonetos desesperantes perfectos de Heredia, el gran poeta cubano gloria de América.

Muchas veces nos hemos preguntado por qué razones que se escapan a la inteligencia, Jesús Estrada Monsalve, tan denso, tan hondamente sumergido en la escolástica de Santo Tomás y en el pensamiento ya tan moderno de San Agustín, poseedor de una dialéctica demoledora, no nos legó una obra digna de su talento, de su espléndido rigor mental. Hermano de Joaquín Estrada Monsalve, el gran escritor autor de las magníficas biografías de Bolívar, de Mosquera y de Núñez, era de menor rigor mental que su hermano Jesús, que envolvía sus conceptos en una capa muy parca de rigor mental. Lo vimos enfrentarse un día a Jorge Eliécer Gaitán, a José Camacho Carreño, a Manuel José Salazar, a Ramírez Moreno, a José Antonio Montalvo. Y sus argumentos de quilla que hienden la tormenta de aguas

acrespadas, despedazaba los argumentos del contrario, o descubría la sutil trama de los sofismas. Huraño, recio, en Jesús Estrada Monsalve la inteligencia era tempestuosa, pero esquemática si se nos permite la paradoja. Cuando se lanzaba sobre su adversario con sus argumentos jurídicos y sus racionamientos, parecía un felino que sabe dar el zarpazo exacto. ¡Qué manera de arrancar y de arrasar con todo lo fútil y circunstancial. Discípulo predilecto de Monseñor Rafael María Carrasquilla, del maestro recibió lecciones ejemplares y esa concitación mental que lo hacía temible en el foro.

Sus jugos mentales eran acerbos, pero su piedad era una forma militante de cristianismo. Nosotros, muy adolescentes aún, recibimos de voz, de su ejemplo, lecciones que nos enseñaron a vestirnos de estameña en vez de la púrpura y de los fautos de los nuevos ricos de la literatura que también los hay. En sus horas libres, intimaba con los grandes poetas, y sus poemas, desgraciadamente ya ignorados y perdidos, son de una belleza alucinante. Cultivó preferencialmente el soneto, la forma más difícil de la poesía. Pero no perseveró, porque acaso no creía en su propia obra. Por ese rigorismo mental que muchas veces nos conduce al invernadero de las ideas y de las formas turbadoras de la belleza. Vivía apartado de todo y de todos. Siempre fue un intelectual de pocos amigos y de graníticas lealtades. Acaso, pensaba, que este tiempo no era propicio para las verdaderas cosechas del alma. Es el tiempo del *boom* y de sus genios mundiales según sostienen sus epígonos sin ninguna levadura espiritual. Qué le vamos hacer. Pero vivir es perseverar no importa la mediocridad coronada de falsos relámpagos.

ABELARDO FORERO BENAVIDES. EL SIGLO XIX. GALERIA DE SOMBRAS. NARIÑO, BOLIVAR, SANTANDER, OBANDO, MOSQUERA, NUÑEZ. Fundación Centenario del Banco de Colombia, 1978.

Impreso en Lito Formas de Colombia.

He aquí un libro de biografías que debiera ser texto obligatorio en escuelas primarias, en la enseñanza secundaria y en la universidad. Forero Benavides ha llegado ya a la madurez intelectual en la cual sólo nos interesa lo que la sombra pasajera del hombre proyectó sobre la costra de la tierra. No las vanaglorias, ni las eruditas disquisiciones, ni las fechas acumuladas,

tarjetero muerto, sin una presencia vital que anime el paisaje. Forero Benavides comprende las vidas de Nariño, de Bolívar, de Santander, de Obando, de Mosquera y de Núñez. Acaso no estemos de acuerdo con algunos de sus conceptos. Pero aquí comentamos al escritor total, agudo, con estupendos rasgos dramáticos. Sus personajes viven. No son mariposas clavadas con alfileres en los muros de la historia. Son hombres que jugaron papeles decisivos en un tiempo en el cual Colombia apenas salía de la crisálida. Y lo esencial en los hombres no son las diferencias, sino aquello que tienen en común, que los une bajo el arco de un mundo que jamás podrá perforar. No son pragmatistas, sino románticos de causas perdidas. Trazadas con pluma maestra, sin anarquía sentimental, porque los presenta con sus virtudes y sus desfallecimientos.

Pero es que los colombianos no conocemos la historia Patria. Somos un pueblo que vive sumergido en un presente que carece de raíces. Una máscara no un árbol con sus raíces tenaces. Nariño ha subyugado siempre nuestra vida y estamos preparando su biografía. Porque "el no llegar es lo que te hace grande", como dijera Goethe. Y aquí emerge vivo, sangrante, vejado, altivo en estas páginas. Como los otros personajes que evoca Forero Benavides, entre los cuales Bolívar, El Continentador, es toda América con sus broncos sonos mestizos y sus largas y patéticas frustraciones. Este libro, admirablemente editado por el Banco de Colombia, debe ser lectura de la gente culta y de los economistas y tecnólogos que vegetan sumergidos en la Torre de Babel de los papeles bursátiles. El decoro intelectual de Forero Benavides, corresponde a limpieza moral de su alma y esto es suficiente.

EL SAYAL Y LA PURPURA. EDUARDO MALLEA. 5a. Edición.
Editorial Losada S. A. BUENOS AIRES.

Eduardo Mallea, injustamente olvidado en esta hora de los "nuevos genios" de la literatura americana, es, quien lo duda, uno de los más importantes novelistas y ensayistas de la Argentina, cuya obra, ya juzgada por críticos europeos y americanos, es de las más auténticas que ha producido América. No obstante que algunas de sus novelas, tienen un perfil y un trasfondo europeo, acaso por su constante estudio del mundo europeo, su obra es americana porque trata de los problemas de este con-

tinente, con todas sus amarguras, negaciones, vivencias, valores que han sido el fondo de una raza impar, en la cual lo autóctono no ha dado sus valores esenciales.

Esta obra es un estudio de análisis de grandes novelistas europeos y de algunos de este continente. Mallea discurre lucidamente sobre quienes han representado genuinamente la raza, influencias, climas morales, tratando de hacernos ver que todavía no hemos dado respuesta a interrogantes, dolores, esperanzas. Particularmente estas últimas. No conocemos el itinerario para fijar una ruta. Nos extraviarnos en una selva de conceptos, de fijación y cristalización de lo que buscamos ser. Escarbamos en la entraña del continente pero los valores auténticos no se dan como un santo y seña para un mundo a medio hacer. Los poetas aún se alimentan de valores que se niegan a reconocer. El mismo Leopoldo Lugones, apenas fue nuestro en "*Romances del Río Seco*" y "*La Radiografía de la Pampa*" de Ezequiel Martínez Estrada es como un mundo visto con lente deformante. Somos subalternos de la literatura europea, vieja en siglos a la nuestra. Y queremos ser, pero apenas alcanzamos esbozos, mezcla de valores, todo impar como una máscara de luces alternas.

En "*El Sayal y la Púrpura*", Mallea tiene atisbos geniales sobre lo que podía constituir un continente que pugna en lloros, en angustias. Escrito en prosa rica, profunda, que conmueve por las verdades patéticas que nos pone de presente.

Libro hermoso y doloroso y de análisis. ¡Cuán profundo el pensamiento de Eduardo Mallea, sin compromiso con tantos desertores filisteos de la inteligencia.

LA POESIA DE ANTONIO LLANOS.

¡Qué cisterna de amargura brota de los poemas olvidados de Antonio Llanos! Los críticos de su tiempo se deshicieron de él, alinderándolo en una forma de poesía mística, desdeñando o desconociendo todo el panteísmo radiante que existe en muchos de sus poemas, especialmente aquellos de su primera juventud, cuando el poeta transitó por sendas prohibidas para una sociedad que llevó a la prisión a Oscar Wilde. Estremecen estos poemas, porque sus raíces están bien hondas con el fulgor con que voluntariamente quiso alumbrarlas un lucero solitario. Cierzo, dolor, lágrimas, desventura. Porque Antonio Llanos

fue un gran escritor, director de "El Diario del Pacífico", periodista de alto y sosegado vuelo, quien, fue dejando su sangre testimonial en su poesía y el dolor y la soledad lo envolvieron en las madejas de la locura.

Por años fue sostenido por la caridad de una sociedad hipócrita que jamás se tomó el trabajo de escrutar esa poesía que es de una densidad que la hermana con Garcilaso, con Lope, con ese lirismo de algunos pasajes de Jorge Isaacs. Poesía de matices tenues, tierna como llovizna en la arboleda cuando se oye un anónimo acordeón vagabundo que nos trae, rotas, sus melodías y callan las aves en el bosque.

Su poemática quedó inconclusa como una gran sinfonía. Amaba con pasión casi erótica, nos atrevemos a escribir, ese embrujo del Valle del Cauca. ¿Pero quién no lo siente como el perfume tenaz de sus mujeres que, al pasar, dejando flotando algo de su belleza, que nuestras pobres manos, torpes, no puede asir nunca? Y Antonio Llanos, el gran lírida de Colombia que tanto amó su valle ardoroso ha sido impiadosamente olvidado por sus coterráneos y por los colombianos todos. Fue místico, pero también pagano, si entendemos por este vocablo amar la naturaleza, sus flores, sus frutas con ardorosas mieles, sus valles tibios, sus palmeras de africana belleza, su sensualidad que es una forma de enriquecer los sentidos, sin caer en falsos hedonismos o en la vaga tristeza semejante a la melancolía.

Tiene Antonio Llanos sonetos que son diamantes de eterna claridad en la lengua castellana. ¿Pero a quién puede interesarle la verdadera poesía, en estos tiempos, en el cual hemos entronizado en los altares de la literatura a tantos dioses de barro ante los cuales caemos en éxtasis bovino? Es preciso lavar el alma de tanta concupiscencia, de ese lenguaje del subfondo o del arrabal, para volver a encontrar los cauces limpios y expresarnos en un castellano que sea decoro de Colombia, sin volver, claro está, a la prosa momificada y decimonónica de algunos escritores, ellos si completamente desjugados y que repiten lo mismo que vienen escribiendo, en idénticos giros, porque hace tiempo su magín está seco como un arroyo disipado.

Antonio Llanos es uno de los grandes poetas de Colombia y honra el Valle del Cauca. Comarca de sus amores por la cual vertió tantas lágrimas y que llevó en su pecho como una herida que no cicatrizó nunca. Su enajenación mental acaso le evitó

conocer este mundo actual donde la cultura es un valor despreciable para una sociedad ávida de riqueza, ferozmente materialista que solo camina en pos del Becerro de Oro y en la forma, lícita o ilícita, de que le otorgue sus dádivas para refocilarse en un monótono hedonismo, sin dejar huella de su paso por la costa de la tierra.

La poesía, la verdadera, no interesa a estos filisteos que no sienten la emoción de un bello verso, porque les está vedada toda comunicación con las gracias del Espíritu Santo.

RAFAEL GOMEZ G. DE MIS ANDANZAS POR EL MUNDO.

Editorial Cosmos. Bogotá - Colombia - 1980.

El autor de este libro es un colombiano hasta la médula de los huesos. Peregrino por Europa, con una larga y provechosa estada en España, en las prosas y ramillete de versos que forman parte de este volumen, respira el sentido de la patria, como una categoría de la mente. Su inteligencia se ha enriquecido con el transcurso de los años. Al revés de otros escritores que envejecen biológica y cerebralmente. Es un placer estético releer estas glosas de Rafael Gómez G., porque son testimoniales. No cuenta historias que otros le han referido. Ha intimado con los personajes, pero siempre buscando en ellos la parte mínima de ángel que existe en todo ser humano. Deleita y encanta su estilo. Porque vemos nacer, crecer y aún morir a gentes de letras o de otras actividades intelectuales a quienes ha conocido en ese peregrinar por un mundo cada día más cargado de signos hostiles y de miseria moral.

Verdaderas andanzas y curiosidades mil que el autor recoge en una prosa cernida, sin afeites, clara y sugerente.

La difícil claridad de la verdadera narrativa. Y el retrato en vivo de personajes y situaciones que Rafael Gómez G. elabora con gracia y con talento. Muy vivas y sensibles en él sus raíces de santandereano. No obstante su conocimiento de Italia, con su embrujo de otoño y sus trece o más años que permaneció en Madrid, su amor por la tierra de sus amores es uno de los imponderables de su espíritu.

Trabajó largos años en el Banco de la República en su tarea de bibliotecario insigne. Porque para él, un libro de calidad, es una joya inestimable. Y lo acaricia como si fuera la

piel de manzana de una mujer cuya tibieza prolonga acaso el dolor y el peregrinaje de las generaciones sobre la tierra sin sosiego. Muchas veladas hemos pasado con este colombiano que tiene su genio, su garra, su parvedad, que no es un fruto meloso del trópico, sino una meditación senequiana.

“De mis andanzas por el mundo...”, es un verdadero libro de frescas memorias y de evocaciones que se ciernen lentamente como un perfume lentamente elaborado. Ojalá Rafael Gómez G., continúe su tarea y no olvide nunca, porque él lo sabe muy bien, que solamente el libro permanece. Lo que escribimos para los diarios se lo lleva un viento airado y no deja recuerdos en los lectores que viven con premura en un mundo convulsionado.

OCTAVIO PAZ. PUERTAS AL CAMPO.

Imprenta Universitaria. México.

Octavio Paz es hoy día uno de los mejores poetas y prosistas de alcurnia de América. Nadie lo duda porque su obra esta presente, viviente, como un cuerpo regado por una sangre egregia. Independiente y altanero frente a su gobierno, que no ha correspondido a los entusiasmos de su raza, escribe para desentrañar el remoto pasado azteca, ya que sigue la huella de monumentos, de templos, de lugares por los cuales pasó una raza testimonial, con sus danzas frenéticas y sus himnos religiosos. Además, Octavio Paz escribe una poesía que aspira a volar, porque es como una águila caudal, de ojo bravío. Es uno de los valores más ciertos, más verídicos de una América, donde hemos vivido de imitaciones, de préstamos, de calcomanías literarias. Es una gota de agua que cae y forma un pozo que deslumbra de claridades, más allá de imitaciones de sistemas, de engaños literarios. Octavio Paz es un poeta universal. Ya trascendió la lengua castellana y ha sido vertida a muchas lenguas para asombro. Porque Paz quiere que los escritores de lengua castellana no se confinen en una especie de “provincialismo”. El mundo es ancho y ajeno, podía decir con el peruano Ciro Alegría. El talento, cuando es verdadero, rompe todas las barreras. El egoísmo nacionalista es una forma de esterilización. En esto España ha dado el ejemplo de ese nacionalismo cerrado, con sus altas fronteras de piedra. Y eso constituye un pecado contra la inteligencia. Por eso Ortega y Gasset era considerado como “un alemán nacionalizado”, al decir de Vásquez de Mella. Como si

la inteligencia, el genio, la concepción universal de los hechos y de los fenómenos, se pudiera encasillar dentro de un criterio miope.

Octavio Paz ha sido galardonado con el Premio de Literatura Cervantes y este caballero peregrino escribió la novela más universal del mundo. Porque en ella cabe todo este pícaro mundo con sus miserias, sus flaquezas y sus ironías.

“*Puertas al campo*”, es un libro ejemplar como son todas las obras del mexicano admirable. Hoy por hoy el mejor escritor y el mejor poeta de América. Negarlo sería estar contra una realidad tozuda que se nos viene de frente como el sol de España cuando hacíamos la ruta del Quijote.

EDUARDO CABALLERO CALDERON. —CAÍN—.

Ediciones Destino-Ancora y Delfín. Barcelona.

No tuvo, en su hora, la difusión y trascendencia que merece esta novela de Eduardo Caballero Calderón. Es explicable. Si un novelista y Caballero Calderón, es de los pocos con que cuenta Colombia, está fuera del círculo mágico de mutos elogios de contados novelistas de la Argentina, un colombiano, México, dos cubanos, su obra se queda en casa, o sea, en Colombia, donde el placer de la lectura, ya lo anotamos, está completamente anulado.

La extensa obra literaria de Caballero Calderón, de tan rico sabor autóctono, es bien conocida en España donde se le admira y sus obras son editadas por casas de prestigio internacional.

“*Cáin*” es una novela de densidad aceitosa, y con ese dramatismo que solo conocen los aldeanos colombianos, donde también, como en toda humana condición, se presentan los más aciagos hechos, y se vierte la sangre por celos, por la eterna discordia en torno del fruto que mordió nuestro padre Adán y prolonga su dolor, su amor, sus furiosos, erotismos, crispaciones, entre todos los seres humanos. Caballero Calderón ha investigado no con la petulancia del sociólogo, sino con los ojos del novelista, el mundo, el subterráneo de las almas de los campesinos del departamentos de Boyacá. Este relato “*Cáin*” es amargo, pero no nos da tregua hasta que llegamos a la última página. El final es desconcertante, pero si lo examinamos dete-

nidamente es el más ceñido a esta narración en la cual el grato sabor poético, deja en el lector la sensación de un gigantesco mural.

En el fondo, Caballero Calderón es un poeta. De ahí que esta novela rebose en pinceladas líricas, ese claro oscuro en el cual es maestro el gran escritor colombiano.

También el autor sabe manejar situaciones con desollante humor, con fina, pero dolorosa ironía. Ese combate por la carne de la mujer, que se renueva cotidianamente en el mundo, no obstante que sabemos que también es perecedera y ha de convertirse en un montículo de ceniza como las rosas de Rostand.

Novela vigorosa, profunda, que va directamente a sus personajes de carne y hueso y al alucinante y melancólico paisaje donde se desenvuelve la telaraña de sus pobres vidas. Crítica aguda de la pobreza del campesino y de sus frustraciones, amores deshechos, salmodias casi litúrgicas. "*Cain*", es, quien lo duda una obra admirable que enriquece la novelística americana y le otorga a su autor nuevos títulos de gran creador de belleza.